

Arqueología, memoria y corazón

por PABLO ALLEPUZ GARCÍA
Historia del Arte UCO

Los antiguos griegos forjaron, con sus aciertos y sus errores, la cultura occidental. Quizá su legado fundamental sea el lenguaje, pues en él confluye todo lo demás; mediante él concebimos el mundo y gracias a él lo expresamos. Sirva como ejemplo su lógico razonamiento sobre el intelecto: por su imprescindible función, este debería residir en el órgano más profundo e interno, o sea, el corazón (*kardia*, -as en griego clásico; *cor*, *cordis* en latín). Ambos vocablos pueden leerse, asimismo, como afecto, alma, espíritu, inteligencia, talento...

Mientras que en castellano *aprendemos de memoria* o *memorizamos*, nuestros homólogos francófonos *apprennent par coeur* («por corazón»); los angloparlantes amplían dicho matiz y casi contraponen el *learning by rote* (por repetición mecánica), diríamos «de memorieta», al *learning by heart* (de nuevo, «por corazón»), que supone verdadero conocimiento. ¿Dónde radica la diferencia? La buena didáctica requiere y exige interiorización, sentir el mensaje y hacerlo propio para que no se olvide. El aprendizaje implica, por tanto, re-cordar: si analizamos la raíz etimológica, su significado sería «volver a pasar por el corazón»; pero para re-tornar al corazón es necesario haberlo conquistado al menos una vez.

A estas alturas se estarán preguntando, ¿qué tienen que ver la filosofía griega o el lenguaje con la Arqueología? La mayéutica («arte de dar a luz») socrática consistía en extraer la verdad latente en el individuo mediante una serie de preguntas que le obligaran a buscar en su interior (*gnóthi seautón*, en griego; *nosce te ipsum*, en latín), hasta el punto de que su discípulo, Platón, afirmó que conocer es recordar (*anamnesis*). El arqueólogo -aunque no sólo- busca la verdad que late en lo más profundo de la tierra, en su corazón que es el de todos, donde ya estuvimos al menos una vez y por donde vuelve a pasar, literalmente, para, a través de preguntas certeras, reconstruir la memoria de tiempos pretéritos y, por fin, alumbrar conocimiento.

A diferencia de otras muchas disciplinas, la ciencia arqueológica -y, por qué no decirlo, sus profesionales- tiene(n) la habilidad de alcanzar, además, el corazón de quienes atienden: dejando al margen cualquier forma de complejidad teórica, abstracta y lejana, consigue(n) confrontarnos constantemente con los personajes históricos -ya fueran gobernantes o ciudadanos anónimos-, con los sucesos y los procesos, con los vestigios palpables de nuestro pasado... y todo ello, por cuanto se convierte en familiar y cercano, pasa a formar parte de nosotros mismos, de nuestro bagaje.

Una vez que se ha probado la experiencia, el proceso cognitivo adquiere una dimensión distinta. Nuestro interior proyecta una nueva imagen del mundo y necesita de más información para conformarse. Buscamos, individual, ávida e irremediamente, más pistas. Un simple paseo por la ciudad no volverá a ser nunca como antes, porque no se nos ha transmitido una idea concreta, sino una actitud: indagar, cuestionar(se), crecer. Ha cambiado la persona en su conjunto, que ahora *aprende de corazón*. Ese es el gran triunfo de la Arqueología, en general, y de Arqueología Somos Todos, en particular.

